



BIBLIOTECA VIRTUAL  
MIGUEL DE CERVANTES

BIBLIOTECA AFRICANA  
[www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com)

**JOAQUÍN MBOMÍO BACHENG**

*El párroco de Niefang*

[fragmento]

Edición impresa

Joaquín Mbomio Bacheng, *El párroco de Niefang* (2016)

En

Joaquín Mbomio Bacheng, *El párroco de Niefang* (2016), (pp.41-46).

Edición digital

Joaquín Mbomio Bacheng, *El párroco de Niefang*. [Fragmento] (2017)

Claudine Lécrivain (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes  
Junio de 2017



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i, del programa estatal de investigación, desarrollo e innovación orientada a los retos de la sociedad, «El español, lengua mediadora de nuevas identidades»(FFI2013-44413-R)



## *El párroco de Niefang* Joaquín Mbomio Bacheng

Durante todo el recorrido hacia Comandachina, Gabriel estuvo contemplando el aspecto tragicómico y esperpéntico que ofrecen las ciudades guineanas después de la independencia. Por todas partes el sacerdote pudo contemplar las huellas del mal impresas en la sufrida capital provincial. El mal había sido la obsesión de su vida, la preocupación constante del párroco de Niefang. El mal era el mal, lo habían repetido en el seminario y, para combatir contra el mal en la tierra se le tenía que identificar previamente. Entonces, el padre Cabré, misionero español, gran teólogo, recurría a las metáforas: decía que el mal era lo negro, lo oscuro, el mal simbolizaba el mundo de las tinieblas. En tanto que el bien era lo luminoso, lo blanco, lo puro. El padre Gabriel miró sus manos, que sobresalían apenas de la holgada sotana. Su sotana era blanca y sus manos eran negras. El misionero sintió una sensación ambigua, como si flotase entre dos mundos. El sol se había convertido en una bola de fuego, era el mediodía tropical, el padre Gabriel sudaba copiosamente.

- ¿Te sientes mal? - esta pregunta del padre Matanga le sacó de su ensimismamiento.
- Sí, no. No... me siento perfectamente.
- Como verás, padre, nuestro hombre es muy testarudo –continuó Matanga– creo que con tu presencia las cosas se arreglarán.
- Eso espero –gimió el padre Gabriel, que parecía sufrir por primera vez el eterno calor tropical.
- Claro que no podemos dejarlo morir como a un pobre diablo, dadas las circunstancias -siguió diciendo Matanga con mucho énfasis- debes saber, padre, que estamos en plena reconquista de la opinión pública guineana.

Se podría comprender fácilmente el espíritu que animaba al padre Matanga. El misionero, por su sagrada profesión, sabía que en Guinea el arrepentimiento último de apóstatas y perversos a la hora de morir, la piadosa resignación que les embarga en los momentos fatídicos, suele constituir siempre un gran triunfo para la Iglesia. Esta victoria suele provocar a su vez un efecto fulgurante en la población africana. La confesión del gran hombre en el lecho de la muerte aumenta sobremanera el poder de los religiosos. El poder sacerdotal tenía que extenderse, solía decir Matanga; y la luz de Cristo conquistar aquel barrio donde todos aspiraban a la dominación y la posesión.

Cuando llegaron a Comandachina, encontraron que el estado de Macuale se había empeorado mucho. Varias personas habían acudido a casa del moribundo, familiares y paisanos.

Como suele ocurrir en tales circunstancias, las mujeres y los niños expresaban su congoja con llantos y gritos, mientras que los hombres esperaban serenos la hora fatídica instalados en cómodas butacas y sillas con respaldo, ya que en nuestro país la muerte de un familiar encierra toda una tradición que da lugar a una larga y sabrosa ceremonia. La muerte de una persona en la familia supone una redistribución de responsabilidades y funciones en el núcleo familiar, lo que implica también un reparto de bienes. Por eso, muchos hermanos de Macuale se reunieron en la mansión del moribundo para asistir al hombre de Comandachina en sus últimos momentos, pero también para disputarse el poder del viejo que se iba.

A su llegada, los ministros de Dios fueron conducidos prontamente a la habitación del enfermo. La hacienda de Macuale se había transformado en el escenario de una tragedia y se esperaba el desenlace final. El cuadro no podía presentar mayor solemnidad. El padre Gabriel se adentró en las oscuras habitaciones de Macuale. La gravedad de la situación se reflejaba en su cara, con la expresión contraída por el vago malestar que había experimentado en el coche. Con paso de calvario, el joven avanzó lenta pero soberanamente hacia el lecho del enfermo. Lo que ocurrió en aquellos instantes fue extraordinario: el físico dolorido del misionero, con su cara de pasión, vino a completar el cuadro fúnebre que ofrecía la alcoba, y el efecto no se hizo esperar. Todos los presentes cayeron de rodillas, reinó un silencio absoluto, un silencio santo, roto solo por el suave roce de la sotana del hombre que avanzaba hacia el lecho de la muerte.

Macuale abandonó este mundo en un hermoso atardecer batense: el astro rey bajaba lentamente del círculo crepuscular para ir a refrescarse y perderse en las aguas de Ekuku; la sombra de la ceiba desaparecida extendía sus ramas sobre los edificios costeros que sufrían la furia marina; los cocoteros con sus gemidos rompían el silencio sepulcral que imponía la noche oscura; mil luciérnagas resplandecían sobre el tejido negro del manto selvático. El hombre de Comandachina renunció a los males y a las luchas de este mundo y encomendó su alma a Dios. El pan blanco del cielo bajó y, antes de expirar, Macuale recibió la hostia sagrada de manos del padre Gabriel. Aquel hombre murió en manos del Señor. Su muerte provocó un impacto profundo en la población batense: los que dormían se despertaban, los que bailaban, se paraban; los que gritaban, se callaban. Este efecto psicológico es el que esperaba el padre Matanga.

En efecto, poco después de la muerte del hombre de Comandachina, la ciudad de Bata conoció unos momentos de profunda religiosidad y misticismo: muchos creyentes dejaron de ser polígamos, otros aumentaron su fervor religioso, las vendedoras del mercado exigían nuevas estampas de la Virgen de la Devoción, los militares pedían escapularios protectores, el padre Nkang Zama multiplicaba sus ganancias vendiendo fotos del padre Gabriel y regresaba del mercado con el coche lleno de provisiones. Muchos pródigos que en tiempo de Macías habían dejado de frecuentar la casa del Padre Eterno, volvieron prestamente, rabo entre piernas, a buscar

reconforte en la herencia divina. Este nuevo cristianismo triunfante se debió a la piadosa muerte y arrepentimiento último de Macuale en manos del padre Gabriel. La fiebre religiosa de Bata subió de grado alcanzado temperaturas tropicales, al igual que la popularidad del joven sacerdote. Se decía en aquellos días en Bata que el padre Gabriel hacía milagros; milagro fue, decían, la confesión de Macuale a última hora. En este concierto de alabanzas y glorias al padre Gabriel, solo Cobe, el cocinero, manifestaba su escepticismo y exigía del padre Matanga, su principal comensal, el reconocimiento también del milagro de la olla.

Si en la muerte de Macuale muchos vieron el camino de la verdad y la manifestación divina, otros, por el contrario, vieron las cosas de diferente modo. Vieron una muerte natural, acorde con la personalidad del finado. Así, corrió otra versión diferente sobre la muerte de Macuale. Según esta última versión, se dijo que cuando Macuale vio llegar al padre Gabriel con la expresión del dolor marcada en su frente, el hombre de Comandachina, que en el fondo consideraba al joven religioso como a su propio hijo, comprendiendo que por ciencia oculta la intensidad del tormento existencial que sufría Gabriel, se acordó de los viejos tiempos cuando ayudaba a los misioneros y les regalaba cuanto podía. Martirizado por el aspecto enfermizo que presentaba el padre Gabriel, Macuale no pudo reprimir una exclamación de compasión que oyeron todos los presentes: *Dios mío, este joven morirá antes que yo si no hago nada por él.* Con este razonamiento, Macuale escuchó la petición del misionero, a saber: el abandono de su segunda esposa. A fin de cuentas, pensó, solo quieren una pequeña cosa, una palabrita, un sí, como un novio. Tras hacerse este razonamiento, ante la estupefacción general, el moribundo se levantó y se puso de hinojos ante el ministro de Dios, a quien suplicó que le confesara, tras lo cual el padre Gabriel pareció recobrar un poco el aspecto de euforia permanente de su colega Matanga. Tras administrar la extrema unción al moribundo, los sacerdotes regresaron a la residencia contentos y gozosos. Felices por haber servido a Dios sacando un alma de la puerta de los infiernos. Pero cuando Macuale se quedó, según esta segunda versión, el enfermo, animado por la última lucidez y vitalidad que suelen tener los moribundos, momentos antes del último soplo, se levantó y se sintió con fuerzas para ir a presidir una última sesión de *mibili*, para dialogar con los muertos y preparar su llegada. Se dijo que Macuale murió en una noche oscura rodeado de todos sus fetiches.